ANALES DE LITERATURA ESPAÑOLA

Paco Tovar

Estrategias de seducción en un artificio epistolar de Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Diario de amor*

UNIVERSIDAD DE ALICANTE, Nº 16, 2003

ÍNDICE

Portada

Créditos

Paco Tovar
Estrategias de seducción en un artificio epistolar de Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Diario de amor* 5

Desvelar historias 7

Juego de cartas 13

Trampas de oficio 28

Bibliografía 29

Notas 32

Estrategias de seducción en un artificio epistolar de Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Diario de amor*

Paco Tovar
Universitat de Lleida

Porque la mujer era hermosa, de grande estatura, de esculturales contornos, de bien moldeados brazos, de cabeza coronada de abundantes rizos y gallardamente colocada sobre los hombros. Su voz era dulce, femenil; sus movimientos lánguidos y mesurados y la acción de sus manos delicada y flexible; pero la mirada firme de sus serenos ojos azules, su escritura briosamente tendida sobre el papel, y los pensamientos varoniles de los vigorosos versos con que se reveló su ingenio, revelaban algo viril y fuerte en el espíritu encerrado dentro de aquella voluptuosa encarnación mujeril. Nada había de áspero, de anguloso, de masculino, en fin, en aquel cuerpo de mujer, y de mujer atractiva, ni coloración subida en la piel, ni espesura excesiva en las cejas, ni bozo que sombreara su fresca boca, ni brusquedad de maneras; era una mujer. Pero lo era, sin

> duda, por error de la naturaleza, que había metido por distracción un alma de hombre en aquella envoltura femenina.

Así describe José Zorrilla a Gertudis Gómez de Avellaneda, evocándola como protagonista de una escena social que, fechada en 1841, tuvo lugar en los salones madrileños del palacio de Villamediana (Zorrilla 1944, pág. 2051) **(nota 1)**. La hermosura del modelo es atendida como se merece; tampoco se ignoran su fortaleza de carácter, los elegantes rasgos de su caligrafía y la evidencia de su talento literario. El conjunto respeta ciertos cánones estéticos, aunque subvierte las convenciones aplicadas por entonces a lo femenino y da noticias de un personaje capaz de manejar trucos de amigo, estrategias de mujer, quiebros de escritor y hasta perfiles de amante. Todos esos detalles pueden confirmarse leyendo las obras de la Avellaneda y, en mayor grado, dentro de sus páginas autobiográficas y en las piezas de un epistolario amoroso que descubren *las más íntimas reconditeces de su atribulada alma*; también son

> una muestra elocuente de su personalísimo modo de decir, que mediante transiciones rápidas, casi violentas en ocasiones, pasa de uno a otro estados anímicos ante sí misma y para sus destinatarios (González 1983, pág. 282). **(nota 2)**

Desvelar historias

> Hay en Tula una evidente inclinación a la belleza masculina; una marcada facultad para percibirla y para enamorarse rápidamente; acaso también para olvidar después y transformar el amor en amistad, en relación fraterna; es decir, en superar la desesperanza. Esto es lo que la sociedad de su época no comprendió. Mirándola con la lente de la vulgaridad, no supo descubrir el tesoro de generosidad de su alma; su inclinación al amor veraz, instantáneo, ardiente, acaso fugaz. Cualidades muy femeninas en una hija de las Antillas.

Basta contemplar el itinerario vital de Gertrudis Gómez de Avellaneda para descubrir el valor de sus peripecias sentimentales, propias de una ficción novelesca, enumeradas por sus biógrafos y comentaristas **(nota 3)**. Son datos para la historia que Ignacio Cepeda no fue la única relación sentimental de Gertrudis Gómez de Avellaneda, pero sí la de más largo alcance, conservando de la escritora unas cartas de amor, fechadas entre 1839 y 1854, suficientemente explícitas. Muerto Cepeda en 1906, ya nonagenario, su viuda, doña María de Córdoba y Govantes, habría de encontrar entre los papeles del difunto esos originales, junto a un cuadernillo autobiográfico de la Avellaneda, material éste que habría de confiar inmediatamente al editor de los textos, Lorenzo Cruz de Fuentes, publicándose las piezas un año más tarde. Doña María

se hizo cargo de los gastos ocasionados en la impresión de los textos, controlando el número y destino de los ejemplares; Lorenzo Cruz de Fuentes sólo tuvo que copiar las hojas, sin violentar el estilo de la autora, ordenarlas cronológicamente, añadir una serie de anotaciones y acompañar todo ello de una necrológica, ofreciendo en última instancia no una simple aportación documental útil para biógrafos, investigadores y curiosos, sino un *Diario de amor*, artificio literario de corte novelesco, talante romántico e íntimo desarrollo **(nota 4)**.

Redactadas por la Avellaneda en 1938, las breves notas del cuadernillo autobiográfico habrán de utilizarse por Cruz de Fuentes al modo de prólogo en *Diario de amor*, iniciando así éste con un acto expiatorio de la misma autora, previo a una correspondencia perfilada en sucesivas etapas. El tratamiento de respeto empleado por Gertrudis Gómez de Avellaneda en la composición íntegra del discurso no esconde su deseo de aproximarse al interlocutor ausente, reclamando complicidades, imponiendo condiciones y llevando a cabo un voluntario acto de sinceridad:

> Es preciso ocuparme de usted; se lo he ofrecido; y, pues no puedo dormir esta noche, quiero escribir: de usted me ocupo al escribir de mí, pues solo por usted consentiría hacerlo.

> La confesión, que la supersticiosa y tímida conciencia arranca a mi alma arrepentida a los pies de un ministro del cielo, no fue nunca más sincera, más franca, que la que yo estoy dispuesta a hacer a usted. Después de leer este cuadernillo, me conocerá usted tan bien, o acaso mejor que a sí mismo. Pero exijo dos cosas. Primera: que el fuego devore este papel inmediatamente que sea leído. Segundo: que nadie más que usted tenga noticias de que ha existido (Gómez de Avellaneda 1981, págs. 19-29) **(nota 5).**

Superada esas consideraciones previas, comienzan los detalles de una vida expuesta sin aparentes reservas. En forma ordenada van dosificándose cuadros familiares, rasgos de carácter juvenil, primeras lecturas, relaciones de amistad, breves noviazgos, compromisos de matrimonio, fugas de una boda inminente, itinerarios de viaje, momentos de nostalgia, decepciones y hasta chispas de soberbia, manifestando así que habla un alma *superior a intereses de la especie*, abrumada por un entrañable *instinto de superioridad*:

> Éstas fueron, ¡oh Cepeda!, éstas las primeras lecciones que me dio el mundo. Esto encontré, cuando inocente, pura, confiada, buscaba amor, amistad, virtudes y placeres: ¡inconstancia!, ¡perfidia!, ¡sórdido interés!, ¡envidia! Crimen, crimen nada más […] ¿Puedo tener ilusiones?... Pero vivo como si las tuviera, porque el mundo, amigo mío, venga realmente el desprecio que se le hace. Es preciso aparentar vida en la frente, aun cuando se lleve muerte en el corazón.

> ¡Cepeda!, ¡querido Cepeda! ¿Será cierto que usted siente cuán poco valen este mundo y sus corrompidos placeres? ¿No será usted otra nueva decepción para mí? ¿Quién me garantiza su sinceridad? (Gómez de Avellaneda 1981, pág. 35)

El yo imprecativo e interrogativo es un recurso dominante, manejado en clave de humildad por la condición femenina del remitente; también un guiño de la autora con el propósito de identificarse ante Cepeda, balbuceando desconfianzas, comprometiéndolo en una historia común y suplicándole una respuesta de semejante cuño emotivo. Ese juego testimonial, regido por un personaje que deposita sus contrapuntos en la figura del otro, incluye al hilo de sus diferentes registros las claves que permiten interpretar los sentimientos de Gertrudis Gómez de Avellaneda, cifrados estos en su dimensión estética:

> ¡Cepeda!,¡cuánto me engañaba!... ¿Dónde existe el hombre que pueda llenar los votos de esta sensibilidad tan fogosa como delicada? ¡En vano he buscado nueve años! ¿En vano! ¿He encontrado hombres!, hombres todos parecidos entre sí; ninguno ante el cual pudiere yo postrarme con respeto y decirle con entusiasmo: «Tú serás mi Dios sobre la tierra, tú el dueño absoluto de esta alma apasionada». Mis afecciones han sido por esta causa débiles y pasajeras; yo buscaba un bien que no encontraba y que acaso no existe sobre la tierra. Ahora ya no la busco, no la espero, no la

> deseo; por eso estoy más tranquila (Gómez de Avellaneda 1981, pág. 26).

Frente a una realidad concreta se duele una mujer impulsiva que, dañada en su inocencia, declara buscar un alma gemela sin haberla encontrado en su camino. La escritora hurga de algún modo en la conciencia del *otro*, acusando las fallas del género masculino, convirtiéndolo en interlocutor secreto de sus reproches y cuestionando idolatrías, dando curso a una experiencia personal de alcance religioso en la que intervienen fuerzas extrañas y caprichosos aires. Triunfos y derrotas, precauciones y gestos de orgullo, citas y fugas, sirven a Gertrudis Gómez de Avellaneda para desvelar con sosiego a un *amante amigo* que, orientados ambos hacia la muerte y aparentemente dichosa ella entre la multitud, la vida sólo es un espectáculo repleto de sorpresas.

Esas notas de talante autobiográfico, que la misma Gertrudis Gómez de Avellaneda se plantea guardar y hasta destruir ya concluidas, deberán quemarse por el destinatario una vez leídas si la escritora decidiera ponerlas en sus manos. En cualquier caso, expresan una despedida melancólica, no eluden sumisiones, reclaman el oportuno aprecio y anuncian una relación epistolar difícil de mantener. La postdata del cuaderno es una discreta invitación a encontrarse los dos,

insinuando entre líneas que la posible cita no atañe tanto al destino de las hojas redactadas como al deseo de avivar otra vez antiguas querencias y mantener juntos nuevos ejercicios de seducción:

> Nada más me resta que decir, caro Cepeda; ahora recuerde usted mis condiciones. Este [manuscrito] será reducido a cenizas tan luego sea leído, y nadie más que usted en el mundo sabrá que ha existido.
>
> Adiós; no sé cuándo nos veremos y podré dar a usted este cuadernillo.
>
> Acaso con él voy a disminuir la estimación con que usted me favorece y a debilitar su amistad. ¡No importa! ¿Debo sentir el dar a usted armas para combatir una amistad que acaso conviene a ambos deje de existir? Yo seré siempre *amiga* de usted aun cuando no exista *amistad* entre nosotros. Es decir, le estimaré a usted aun cuando cese de manifestárselo.
>
> He leído ésta y casi siento la necesidad de quemarla. Prescindiendo de lo mal coordinada, mal escrita, etcétera, ¿debo dársela a usted? No lo sé; acaso no. Ciertamente no tengo de qué avergonzarme delante de Dios, ni delante de los hombres. Mi alma y mi conducta han sido igualmente puras. Pero tantas vacilaciones, tantas ligerezas, tanta inconstancia, ¿no deben hacer concebir a aquel a quien se las confieso un concepto muy desventajoso de mi corazón y mi carácter?

> No sé, pues, qué hacer; lo guardaré y seguiré, para darlo o quemarlo, el impulso de mi corazón cuando vea a usted por primera vez (Gómez de Avellaneda 1981, págs. 49-50).

Juego de cartas

> Los amoríos comenzaron en 1838; tímidos balbuceos hacia *La Peregrina*, nombre que usaba por pseudónimo Gertrudis. Pero el amor de Cepeda era frío, soso, incapaz de despertar cataratas de pasión. Era el *quiero y no me atrevo*. Y en una hora de desvelo y melancolía, a la una de la noche, *La Peregrina*, escribe su primera carta, en verso por añadidura, el 13 de julio de 1839. Cesa, pues, la autobiografía y empieza el epistolario amoroso.

Así describe José Mª Castro y Calvo el cambio de rumbo en la escritura íntima cursada por Gertrudis Gómez de Avellaneda en los tiempos de su relación con Ignacio Cepeda (Castro y Calvo 1974, pág. 48). Aquellas notas de carácter autobiográfico redactadas en apenas cuatro jornadas inician un juego de cartas manejado en forma conveniente a propósito de una ficción verosímil **(nota 6)**. Las piezas epistolares utilizadas en la estructura definitiva del libro no traicionan el sensualismo, la carga sentimental, los detalles de estilo y la sugerente apariencia descubiertos en los apuntes que sirven de prólogo al volumen, todo ello planteado ahora en una suerte de escritura dedicada expresamente a *él sólo*, único *compañero de Desilusión*, aclarándole enseguida la natura-

leza del artificio poemático: *Ya ve usted por esta composición qué pensamientos me inspira. Atienda usted a los versos no a las ideas*. La estrategia de signo amoroso acuñadas por la mujer comienzan de nuevo, ampliándose al compás un epistolario que modula en forma conveniente un yo dispuesto a negar credos, empeñado en sobrevivir con sus fantasmas, manejado con inteligencia y organizado desde una perspectiva literaria:

> Usted me habla de amistad, y no ha mucho que sintió a usted el amor. Yo no creo en una ni en otro. Busco en emociones pasajeras, en afectos ligeros, un objeto en que distraer mis devoradores pensamientos, y me siento así menos atormentada; porque inconstante a mis gustos, cansome fácilmente de todo, y los afectos ligeros, que apenas me ligan, no me privan del derecho de seguir el instinto de mi alma, que codicia libertad. Alguna vez deseo hallar sobre esta tierra un corazón melancólico, ardiente, ambicioso como el mío; compartir con él mis goces y dolores y darle este exceso de vida, que yo sola no puedo soportar. Pero más a menudo temo en mí esta facultad de padecer, y presiento que mi amor vehemente suscitaría en mi pecho tempestades que trastornaría acaso mi razón y mi vida. Además, ¿llenaría aún el amor el abismo de mi alma? Todo lo he probado y todo lo desecho: ¡amor y amistad!, ¿qué puedo, pues, ofrecer a usted, querido mío? ¡la compasión de un corazón atormentado!... y mis versos para distraerle un momento de ocupaciones graves (Gómez de Avellaneda 1981, pág. 54) **(nota 7)**.

Las doce cartas que suceden a ese primer tanteo emocional de Avellaneda, todavía situado en las zonas de una relación ambigua, muestran cómo evolucionan los sentimientos de la mujer durante la etapa sevillana de un ejercicio amoroso, a veces reprimido, nominando a Cepeda con una tercera persona verbal; por momentos franco, reconociéndolo mediante un tú amistoso; siempre repleto de sugerencias, moduladas en clave familiar, digresiones sociales, acentos políticos, consideraciones estéticas e íntimos acordes, todo ello para descubrir que solo él importa, con él desea sintonizar, a él debe respeto y por él se debate consigo misma:

> Es preciso que te diga que te quiero aún más que a ningún hombre he querido, y que si el destino ha ordenado que no te vuelva a ver más conservaré de ti una tierna e imborrable memoria.
>
> ¿Y usted, mi tierno amigo, qué hace?... Cuando se pasee usted por los campos a la claridad de la luna, cuando escuche el murmullo de un arrollo, el soplo ligero de la brisa, el canto de un ruiseñor, cuando perciba el aroma de las flores…, entonces piense usted en su amiga; porque todos esos objetos son tiernos y melancólicos como mi corazón. ¡Perdón!, no he olvidado nuestro convenio, y contendré la pluma.
>
> …ya ve usted que evito un lenguaje que usted llama de la imaginación y que yo diría del corazón; usted le juzga peligroso y le destierra de nuestras cartas. Yo suscribo a su formidable sentencia; pero

> ¿qué temes tú, amigo mío?, ¿qué peligro quieres evitar?¿Acaso oyendo y empleando el idioma del corazón temerás no poder impedirle adelantarse demasiado?, ¿temerás sentir o inspirar un sentimiento más vivo que el de la amistad? […]. Yo he meditado mucho en estos días sobre la naturaleza de estos sentimientos y, te lo juro, ese examen me ha tranquilizado. Yo perdería mucho si tú dejases de ser amigo para ser mi amante. ¡Amantes!... (Gómez de Avellaneda 1981, págs. 57-58 y 60-61).

Ella sufre una *cáfila de aduladores*, pero ya no la divierten con sus *necios galanteos*; comprende las precauciones del hombre, acosado por *una clase de mujeres que degradan la dignidad de su sexo*; y expone ante los ojos de Cepeda un alma desinteresada, ofreciéndosela voluntariamente a cuerpo limpio:

> Me temes, Cepeda, no lo niegues, temes que me posesione yo de tu corazón, temes los lazos de hierro que pudieran ser consecuencia de tu amor por mí, y crees evitar algo acogiéndote a la sagrada sombra de la amistad. ¡Oh!, eres un niño, si tal crees; ¡cuánto te engañas, querido, cuánto, si crees que la amistad señalaría límites que el corazón respetara! ¿Qué importa el nombre de los sentimientos? ¿Dejan de ser los mismos? Lo que debe tranquilizarte no es eso, sino saber que no hallas en mí un enemigo de tu libertad, y que por mi propio interés cuidaré de no dar a tu corazón más vehementes afectos que los que hoy abrigue (Gómez de Avellaneda 1981, págs. 62-63).

La entrega incondicional de *Tula* se acompaña de contrapuntos posesivos: le irrita del amigo que imponga los días que han de citarse, estableciendo caprichosamente las pautas de los encuentros; mantiene con *estoicismo heroico* una relación a veces cuestionada; declara ser *víctima débil e indefensa en las garras de hierro de una pasión desconocida, inmensa y cruel*; y admite no haber experimentado antes los celos que han despertado en ella un ser a quien rinde ahora idolatría y tiembla *ver profanado*:

> Yo nunca he sido celosa, nunca, pero era porque no amaba. Porque a ti, a ti estaba reservado hacerme conocer esta pasión única, que yo me engañé alguna vez creyendo sentir por otro, y a ti que amo tanto estaba reservado también hacerme celosa. Pero ¿no comprendes tú mis celos?... ¿No sabes tú lo que eres a mis ojos? Rodeado estás para mí de una atmósfera de…, ¿de qué diré? ¡De santidad!
>
> Pero aun cuando sea una debilidad de mi corazón este sentimiento, hágame él menos sublime, hágame más vulgar, yo no puedo vencerlo. Yo seré sublime en amarte, y esto me basta (Gómez de Avellaneda 1981, págs. 77-78).

Hasta en los pozos de tristeza distribuidos en la escritura sevillana del epistolario acuñado por Gertrudis Gómez de Avellaneda se decantan reflejos alegres, manifestando el hondo calado de las tensiones que, sinceras en lo que atañe a los

impulsos trágicos del amor, forman parte de un espectáculo singular interpretado a flor de piel:

> Yo te amo, te adoro, y sin embargo –¡el cielo me es testigo!– nunca he sentido mi alma tan llena y satisfecha. Si se exceptúa el disgusto de verte tan de tarde en tarde y de cavilar en esos amores que tuviste, y acaso tienes aún, si se exceptúa eso, nada me agita y soy feliz. Desde el momento en que me dijiste que me amabas y yo te abrí mi corazón, desde aquel momento, que tanto había temido, cesaron todos mis sobresaltos, todas mis vacilaciones. Me sentí feliz y lo soy cada día más. No, yo no deseo más, yo renuncio a toda otra felicidad […]. No, yo quiero que me ames con extremo, con vehemencia, como yo te amo; pero no quiero que tu amor difiera del mío […]. Yo quiero tu corazón sin compromisos de ninguna especie. Soy libre y lo eres tú; libres debemos ser ambos siempre… (Gómez de Avellaneda 1981, págs. 78-79).

Todavía en Sevilla, Gertrudis escribe a Cepeda otras seis cartas donde afirma ser *demasiado franca* en no esconder un sentimiento amoroso tan fuerte como el día en que se lo brindara con mayor intensidad, pero ha decidido romper cualquier otro vínculo imprudente forjado entre sus corazones. Anuncia, pues, una despedida que merece oportunas explicaciones, porque trata de evitar en adelante situaciones embarazosas, mostrando en última instancia los restos del propio naufragio:

> En la separación, acaso eterna a que pronto nos veremos condenados, será para mí un consuelo recibir algunas cartas de usted y dirigirle las mías; pero es preciso para que esta correspondencia esté exenta de inconvenientes determinar su naturaleza, amigo mío. Nuestras cartas serán las de dos amigos, no amigos como lo hemos sido en algún tiempo, porque aquella amistad era una dulce ilusión; la de ahora será más sólida porque no será hija del sentimiento, que antecede al amor, seralo, sí, de aquel que sobrevive a él y que se funda precisamente sobre sus desengaños.
>
> Yo nací para tener mi mundo en un corazón que me amara…, no lo he conseguido y permanezco peregrina en medio de la tierra, aislada en medio de la creación (Gómez de Avellaneda 1981, págs. 81-82 y 91) **(nota 8)**.

Interpretado al pie de la letra, el mensaje confirma el propósito de la escritora en romper con Ignacio Cepeda y, paradójicamente, no trata de suspender la correspondencia. Responde así a la frialdad que le demuestra su amante, poco dado efusiones y menos inclinado a comprometerse; también justifica ella misma el haber decidido abandonar Sevilla en favor de su carrera literaria. En cualquier caso, Gertrudis Gómez de Avellaneda defiende ante Ignacio, bajo palabra, una querencia puesta en duda sin motivo:

> ¡Busco yo la opinión pública con preferencia a los más dulces afectos!... ¡Los más dulces afectos!... ¿Es usted quién lo dice?... Usted, a quién mi corazón los ha prodigado, usted, que era mi único uni-

> verso y por quién yo hubiera sacrificado no solamente los inconstantes y frívolos elogios del mundo, sino también todo aquello que no era usted… ¿Usted dice que yo aprecio más que los afectos el sufragio del mundo?... ¡Ah!, no sé si es ésta la sola vez que habla usted lo que no siente (Gómez de Avellaneda 1981, pág. 92).

El resto el epistolario que Lorenzo Cruz de Fuentes ordena con dimensiones románticas en *Diario de amor*, vuelve a pulsar, desde Madrid, unas cuerdas no gastadas; sólo enmohecidas. Inicialmente, las piezas son un tanteo de circunstancias, reducido preferentemente a comentarios familiares, notas de carácter social, gustos literarios y menciones a la propia escritura. Pasado el tiempo, emprenden tácticas de aproximación, dando paso a ciertos halagos, velados reproches, comentarios sentimentales y hábiles insinuaciones:

> Con tus apariencias y fama de sincero eres a veces un poquito mentiroso, y muchas sobrado sagaz y astuto. ¿Me lisonjeas en tu carta para que envueltas en dulzura trague las mentirillas que me envías y no eche a ver la sutileza de *ciertas explicaciones*?
>
> Bien; yo soy la criatura más fácil de engañar, o por lo menos de darse por engañada. Hago por creer todo aquello que me halaga, y no hay para mi estómago manjar indigesto con tal que me lo den con azúcar.
>
> Apenas vuelvo de mi paseo tomo la pluma para ti, aunque nada puedo decirte que no sepas. A pesar de tus quejas te creo profun-

damente convencido de lo mucho que te quiero. Pero me supones distraída en lo que llamas mi gloria; me supones perdida en una inmensidad de goces; das por cierto que soy feliz, y he aquí por qué no quisiera escribirte

[…]

Abrumada con el peso de una vida tan llena de todo, excepto de felicidad; resistiendo con trabajo a la necesidad de dejarla; buscando lo que desprecio, sin esperanzas de hallar lo que ansío; adulada por un lado, destrozada por otro; lastimada de continuo por esas punzadas de alfiler con que se venga la envidiosa turba de mujeres envilecidas por la esclavitud social; tropezando sin cesar en mi camino con las bajezas, con las miserias humanas; cansada, aburrida, incensada y mordida sin cesar…, he aquí un bosquejo de mi existencia, que tan fausta y brillante te finges.

¿Con que piensas en casarte?... No te lo censuro, ni lo apruebo

[…]

Yo no me he casado, ni me casaré nunca; pero no es por un fanatismo de libertad, como algunos suponen. Creo que no temblaría por ligarme para toda la vida, si hallase un hombre capaz de inspirarme una estimación tal, que garantizase la duración de mi afecto (Gómez de Avellaneda 1981, págs. 94-95 y 97-98).

Con mayor firmeza, debilitado Cepeda y obligado a jugar sin máscaras, estrecharán en su día el cerco, usando estrategias femeninas e invadiendo una plaza difícil:

…he examinado mi corazón y creo que pasada la terrible excitación de anoche, en medio de la cual lanzó a mis labios un grito de pasión, creo, digo, que en efecto se ha calmado. Si no lo hubieras excitado tanto, si respetándolo más hubieras gozado de lo que él te daba sin precipitarlo en una región peligrosa, creo que acaso le hubieras hecho mayor mal que el que hoy siente. Anoche he visto *al hombre*; mi corazón le amó, sin embargo; hoy se ha dado cuenta de todo aquello y me parece que, libre de la emoción *física* que entonces le turbaba, ha comprendido que *un hombre* siempre es *un hombre*, y que para él es poco temible siempre que, como lo has hecho, se apresure a arrojar el ropaje de *ángel* con que se le presentaba.

¿Sabes tú lo que es *un hombre* a mis ojos?... Un hombre, que no es más para mí que un hombre, ora tome el nombre de amante, ora el de amigo, profana entrambos nombres y me parece indigno de ellos. El amor y la amistad, tal cual yo las considero, son otra cosa muy diferente de lo que ofrece el hombre material. ¿Eres tú capaz de comprender el sentimiento?... Lo creía ayer, y lo dudo ahora.

Yo no quiero ni tu amor ni tu amistad, si no puedes darme uno y otra tan grande y tan noble como yo los necesito, y dale el nombre que quieras; el nombre no mudará su ser. El amor que yo puedo aceptar de ti no es más que una amistad exclusiva, profunda, ardiente; y la amistad que puede existir entre un hombre y una mujer de nuestra edad, no será sino un amor disfrazado. Yo no cuestionaré, pues, el nombre; meditaré en el sentimiento, ya venga con una careta, ya sin ella (Gómez de Avellaneda 1981, pág. 114).

Capítulo destacado merecen la presencia de Sabater y Tassara en las cartas madrileñas de la escritora, huellas sentimentales que, distintas entre sí, modulan sus lecturas en clave útil. Pedro Sabater acude a la cita de Gertrudis en calidad de esposo digno de memoria y para otorgarle dignidad de viuda, sin menguar estrechas relaciones con el hombre que ahora ocupa en los afectos de la mujer un lugar preferente:

> Anoche hemos hablado mucho de mi marido y te he dicho que una de sus cualidades, no la más apreciable en él, era su talento profundo y luminoso.
>
> Quiero que conozcas lo posible al hombre que fue mi esposo y que era digno de ser tu amigo; me parece que puede existir estimación aún cuando ya no exista quien la inspira, y yo deseo tu estimación no solamente para mí, sino para todo lo que me toca, para todo lo que vive en mis recuerdos (Gómez de Avellaneda 1981, pág. 106).

Gabriel García de Tassara es primero un discreto interés femenino; después, liviana confesión, sujeto de temores y reactivo de amantes:

> Una persona desea, por motivos personales que sería largo de explicar, saber cómo se llama el padre de Gabriel García de Tassara, sevillano que reside en ésta. Si puedes averiguarlo, sin que medie sospeche el motivo por que lo haces, te estimaré que me lo digas

> […]. Estas averiguaciones no son, ni pueden ser, en perjuicio de tal; no media otro interés que *el del corazón*.
>
> Ese joven, es decir, el sujeto de quien te demandé informes, no trata apenas a mi familia, y por lo que respecta a mí puedo asegurarte que creo haber concluida para siempre la amistad que le tuve […]. Es para mí un ente nulo. […] Te repito, sí, que *no es cosa de matrimonio*.
>
> Dijiste que deseabas hablar de mí con Tassara. Escucha: yo no temo que hables de mí con Tassara, porque yo te he dicho más de lo que por él puedas saber […]. He sido su amiga y si él es un caballero, como creo, no puede hablarte mal de mí, por orgullo al menos. Si no es un caballero, si me tiene mala voluntad, te dirá que soy de carácter voluble, inconsecuente, ligero, que no tengo corazón, que he querido hacer con él *una comedia*, etcétera…
>
> …¿tienes celos?... Si tal creyera…, no sé: sería infeliz; pero tendría placer, doloroso placer. De *ex profeso* te hablaba de él esta noche; me extendía, ponderaba de intento; es la única vez que he visto en tu cara la expresión de la pasión; y esta confesión, que ahora te hago, te explicará por qué después he estado más cariñosa contigo. Sí; cuando te hablaba de T. me pareció que tenías celos, que me amabas; todo lo que dijiste no bastó en destruir en mí la impresión de aquella idea (Gómez de Avellaneda 1981, págs. 96-97, 108 y 110) **(nota 9)**.

Todas las piezas circulan por la mesa de ambos, pero ahora se han cambiado algunos papeles: cuando él farolea sin ligar

manos, ella juega con triunfos, arriesgándose a perder con un tramposo que todavía puede ganar sus bazas, pero sabe que juega con una loca y no debe excitarla en su orgullo si quiere mantenerla dócil:

> Te veré mañana y siempre que quieras. Tu presencia me es grata. Eres para mí algo tan dulce y melancólico como un recuerdo, aunque no me des nada que se asemeje a la esperanza. Te veré y estaré contenta y serena; pero, después de la extensión y franqueza con te he hablado en esta enorme carta, bien comprenderás que si hubiese de tener otra noche como la de ayer, me sería forzoso renunciar al placer de verte. Yo no me creo fuerte; no busco los peligros segura de victoria. Me conozco y huyo, sin avergonzarme de huir.
>
> Yo no sé, te lo confieso, si te amo; sé, sí, que te quiero más que a ninguno de los hombres que conozco, y que tu aprecio es para mí una necesidad.
>
> ¿Por qué, pues, hemos de recelar anticipadamente ni empeñarnos en ver combates en nuestras propias aprensiones? Acaso nuestra imaginación va más lejos que nuestro corazón, y esto es un mal, porque puede engendrar ese peligro que sueña. ¡Oh! Y no tendríamos disculpa, porque no tenemos el delirio de amor, que es lo único que justifica extraviando (Gómez de Avellaneda 1981, págs. 115-117).

Mejor es poner las cosas en su sitio y disfrutar los dos una relación apasionada entre amigos. Nuevos engaños a quién no

es una cualquiera romperán definitivamente *lazos antiguos y nuevos: ¡todos!:*

> Yo no soy ni monja ni casada; tú no eres tampoco esclavo de ningún juramento que te haga un crimen del amor; por consiguiente, amando y siendo amado, yo no concibo que nadie pueda huir, a menos que el objeto que ama no sea tan indigno que a toda costa quiera salvarse de sus redes.
>
> […]
>
> Tú no eres ya mi amigo; eres mi amante, el amante a quien adoro, a quien he entregado toda mi alma, toda mi existencia; si tú huyes después de esto, bastante causa es para que yo muera de dolor y vergüenza, pero no para envilecerme hasta el punto de seguir contigo, como si tal cosa. Para no sentirme herida hasta el fondo del alma e incapaz de volver a sostener tu mirada, sería preciso que yo fuese una mujer perdida, que con nada obliga, ni se obliga (Gómez de Avellaneda 1981, pág. 128-129).**(nota 10)**

Las cinco últimas piezas empleadas por Lorenzo Cruz de Fuentes para componer a su manera un verdadero juego de cartas muestran el fracaso de la autora. Ella no pudo evitar la fuga de Ignacio, exigiéndole a cambio de la separación aplicar un protocolo de respeto, que *Tula* solicita menos riguroso para equilibrar daños y no lamentar pérdidas:

> …quisiera deberte un favor, y es que me dejes tus cartas y me devuelvas las mías; es decir, las que te he escrito desde que estás

> en Madrid. Han sido un episodio extraño en nuestra amistad, y me darás un placer en devolverme esas páginas intrusas, que te disgustaban por ser largas. No dudo que te deberé este obsequio, que sabré apreciar debidamente, y si exiges que lo pague dándote tus cartas lo haré, aunque con disgusto (Gómez de Avellaneda 1981, pág. 131).

Gertrudis nunca recuperará ese epistolario; sí cumplirá una promesa: no expresarle a Cepeda, sino en otro idioma o en quiebros alusivos, que lo amará eternamente. Sola, desde cualquier lugar de destierro, *sin poner esperanzas en cosa alguna de este mundo*, y en francés con acentos románticos, dirá siempre que le guarda un lugar de privilegio en su corazón. Esos impulsos tendrán versión española, en clave divina y sentimientos humanos:

> …me pone miedo la idea de la absoluta soledad; no puedo aislarme de mí misma y esto me intimida, porque creo que separarme de todo y llevar mi propio pensamiento es entregarme desarmada a mi mayor y más fuerte enemigo […]. El caso es, amigo mío, que tú vives y padeces, y yo, pobre alma poética metida entre lodazales, yo no vivo ni padezco ya sino en mis instantes de delirio; mi vida habitual es la inercia, la postración, la ausencia de toda sensación poderosa (Gómez de Avellaneda 1981, pág. 138).

Trampas de oficio

No existe lazo ya: todo está roto:
Plúgole al cielo así: ¡bendito sea!
Amargo cáliz con placer agoto:
Mi alma reposa al fin: nada desea.

¡Vive dichoso tú! Si en algún día
Ves este adiós que te dirijo eterno,
Sabe que aún tienes en el alma mía
Generoso perdón, cariño tierno.
(G.G.A., "A él")

No importa quién ha de responder a esos versos **(nota 11)**; cuenta el sentimiento de la mujer que decidió escribirlos, identificándose con ellos y dando noticias del pensamiento que los inspiraron. Estas cuestiones deberían plantearse cuando se trata de interpretar los apuntes autobiográficos y el epistolario sentimental que, cifrados por Gertrudis Gómez de Avellaneda, tienen como primera intención seducir con recursos de oficio a Ignacio Cepeda; utilizadas por Lorenzo Cruz de Fuentes, esas mismas piezas, componen un *Diario de amor*, sincero artificio romántico a la manera establecida por el *Werter* de Goethe. Las posibles coincidencias no son gratuitas: los dos relatos poseen fondo biográfico, desarrollan una historia emotiva, forjan sus propias reglas de estilo, cui-

dan el aspecto formal, tienen mucho de aventura, decantan una tragedia íntima y alcanzan dimensiones simbólicas. Los desacuerdos entre ambos libros tampoco faltan: el protagonista de Gertrudis no es un yo masculino, sino femenino; uno y otra se debaten en su espacio; cada final se orienta hacia el suicidio y la separación definitiva, respectivamente; y la trama se urde a criterio de un solo autor en *Werter*, manipulando el *Diario de amor* un editor con atributos censores.

Puestos a jugar con los originales de Gertrudis Gómez de Avellaneda, no es un despropósito reconocer las estrategias utilizadas por una mujer para seducir de corazón, al pie de la letra y con estilo suficiente, a un hombre concreto; espiando la tarea de Lorenzo Cruz de Fuentes, puede contemplarse una verdadera ficción de compleja estructura y resultados espectaculares. En cualquier caso, una y otra actuaciones logran crear *un discurso en el que no es objeto, sino sujeto frente a otro sujeto estableciendo una comunicación recíproca entre ambos* (Pastor 2002, pág. 53).

Bibliografía

Castro Calvo, José María, 1974. “Estudio preliminar. La vida y la obra”, en *Obras de Gómez de Avellaneda*, vol I, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Ediciones Atlas.

Cotarelo y Mori, Emilio, 1830. *La Avellaneda y sus obras,* Madrid, Tipografía de Archivos.

Cruz de Fuentes, Lorenzo, 1907. *La* Av*ellaneda. Autobiografía y cartas de la ilustre poetisa, hasta ahora inéditas, con un prólogo y una necrológica*, Huelva, Imprenta de Miguel de Mora.

Gómez de Avellaneda, Gertrudis, 1981. *Diario de amor*, "Autobiografía", La Habana, Editorial Letras Cubanas. Prólogo y notas de Bernardo Calleja.

González, Maritze, 1983. *Perfil histórico de las letras cubanas. Desde los orígenes hasta 1898*, La Habana, Editorial Letras Cubanas.

Menéndez Bejarano, M., 1925. *Tassara: nueva biografía crítica*, Madrid.

Pastor, Brígida, 2002. *El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda: identidad femenina y otredad*, Alicante, Cuadernos de América sin Nombre.

Priego Fernández del Campo, José, 1975. *Gertrudis Gómez de Avellaneda. Cartas inéditas existentes en el Museo del Ejército*, Madrid, Fundación Universitaria Española.

ZORRILLA, José, 1944. *Recuerdos del tiempo viejo*, en *Obras Completas*, vol. II, Valladolid, Librería Santorén. Edición a cargo de Narciso Alonso Cortés.

1. El texto original de estas memorias se publicó en Madrid, en 1881. Cuenta Zorrilla que identificó a la Avellaneda después de haber leído en público el borrador de un poema suyo en los salones del Liceo Artístico y Literario; también se vanagloria de haber servido a la escritora como introductor en los círculos sociales y literarios más relevantes de la capital. Silencia que fue Juan Nicasio Gallego, también admirador de la escritora y figura intelectual de la época, quien le suplicó que se hiciera cargo de la lectura. Por ese tiempo, Gertrudis Gómez de Avellaneda era conocida en Madrid por su seudónimo literario: *La Peregrina*; esgrimía otro más íntimo: *Tula*; y García de Tassara preferirá identificarla en sus poemas como *Laura*, evocando al ideal femenino de Petrarca. El verdadero introductor de la escritora en los cenáculos intelectuales madrileños fue Alberto Lista, mediante una carta de recomendación a sus amigos de la capital; frecuentó las reuniones que los jueves tenían lugar en el Liceo; y entre sus múltiples relaciones también puden citarse los nombres de Manuel Quintana, Espronceda, Bretón, Hartzenbuch, Gil de Zárate, Campoamor, Mesonero Romanos y Carolina Coronado. Emilio Cotarelo Mori también describe a Gertrudis Gómez de Avellaneda, aclarando previamente que su esbozo parte de una pintura que la representa, fechada en 1839 y contemplada en la casa del duque de T'Serclaes –quizás se refiera al cuadro de Federico Madrazo, conservado en el Museo Lázaro Galdiano–. No obstante, el retrato que nos ofrece Cotarelo se ajusta mejor a los perfiles trazados por Zorrilla, salvo en el color de los ojos, y forma parte de un imaginario común que se repite apenas modificado:

Era de buena estatura, y más bien alta; admirablemente modelado su cuerpo, que no había aún deformado la abundancia de carnes; tenía

gracia y elegancia naturales para andar y en estado de reposo. La cabeza, bien proporcionada y airosa, estaba firmemente puesta sobre los hombros, lo que no le impedía moverla con suprema distinción y flexibilidad; su pelo era castaño oscuro y abundante; su frente, lisa; sus ojos, negros, grandes, rasgados, brillantes y de una expresión tan viva y transparente que deslumbraba al que se detenía a contemplarlos; su nariz y boca eran perfectas; blancos dientes y barbilla redondeada, con que terminaba felizmente el óvalo, de suave curva, de su rostro. El color era blanco, y la voz dulce, que ella misma modulaba como una gran actriz, hasta hacerla conmovedora (Cotarelo y Mori 1830).

2. La redacción del volumen se debe a Maritze González; la opinión acuerda con Salvador Arias.

3. La cita del apartado ilustra el gusto de Gertrudis Gómez de Avellaneda por la belleza masculina y el tipo de relaciones que, según Castro Calvo (1974, págs. 36-37) mantuvo con los hombres que transitaron por su vida. Podría cuestionarse la visión moral del crítico y la forma en que identifica el carácter de la escritora y el origen de sus cualidades. Ella misma confiesa no recordar el nombre de su primer pretendiente cubano, aunque reconoce que era atractivo y de buena familia; el segundo, también isleño y más sensible e instruido que el anterior, Francisco Loynaz, apellido relevante con raíces en Camagüey. Ya en España, admite su compromiso con Francisco Ricafort, dos noviazgos de menor importancia en Constantina y una relación de poca envergadura, en Sevilla, con Antonio Méndez Vigo. No es un secreto que mantuvo historias de amor con Ignacio Cepeda, con Ga-

briel García de Tassara y con Antonio Romero Ortiz. Tampoco se ignora que contrajo matrimonio con Pedro Sabater, muerto a los pocos meses de la boda, y con Domingo Verdugo, que la dejó nuevamente viuda. No cabe duda que tuvo numerosos admiradores y fue asediada por otros tantos galanes, entre ellos Juan Nicasio Gallego, el mismo José Zorrilla y hasta Juan Valera.

4. Hasta la fecha se han publicado tres epistolarios amorosos de Gertrudis Gómez de Avellaneda: la correspondencia que nos ocupa, dirigida a Ignacio Cepeda y Alcalde (Cruz de Fuentes 1907); la remitida a García de Tassara (Menéndez Bejarano 1925); y la enviada a Romero Ortiz (Priego Fernández del Campo 1975). Licenciado en derecho por la Universidad Hispalense, Ignacio Cepeda fue alumno de Alberto Lista, consejero provincial de Sevilla (1843), diputado a Cortes (1866) y persona cualificada en tareas de política exterior nacional. Entre 1847 y 1853 viajó por oriente y Europa en misiones gubernamentales. Llegó a escribir un pequeño opúsculo sin importancia *(Roma por el estudiante del hombre*, Madrid, 1866). Cotarelo y Mori también describe al personaje, sujeto de familia conocida, buena talla y apostura; rostro si no hermoso, agradable y expresivo, por sus vivos y amorosos, aunque pequeños, ojos, y su boca, hermosa y dulce, y halagadora sonrisa. Era bien hablado, modesto, cortés y amable para todo el mundo; todas sus buenas prendas eran exteriores, porque internas tenía pocas, al menos de las brillantes y altruistas que suelen tener los jóvenes.

En lo intelectual era hombre sin imaginación, poco expresivo, aunque talentudo y amigo del saber; y en lo moral, egoísta, más que frío,

helado; amigo del dinero, metódico, buen administrador de bienes, temeroso de perderlos y deseoso de aumentarlos. Aunque sujeto a las comunes pasiones, sabía y podía dominarlas y someterlas a su conveniencia.

Era, en fin, un hombre terriblemente normal (Cotarelo y Mori 1930, pág. 66).

5. En adelante las citas del libro empleadas remiten a esta edición, basada en la primera de Lorenzo Cruz de Fuentes, actualizando su ortografía y modificando el capítulo de anotaciones. Cabe advertir que la identificación de los textos acuñada por Cruz de Fuentes, suficientemente explicativa, varía no sólo en la edición utilizada, sino en otras impresiones, conociéndose también como *Diario íntimo*.

6. De algún modo, Ignacio Cepeda supo reconocer el valor literario de las cartas, lo que justificaría el haberlas guardado en contra de los deseos manifestados en diversas ocasiones por *Tula*; quizás, doña María de Córdoba tenía noticia de los originales celosamente conservados por su esposo y decidiera confiarlos bajo su control a Lorenzo Cruz de Fuentes para su edición, llevando este a cabo la edición de los textos. Gertrudis Gómez de Avellaneda llegó a conocer la opinión de su amante respecto al epistolario y la tuvo en cuenta en lo que atañe a publicar esas piezas, revisado previamente su estilo y algunos detalles de contenido:

Respecto a lo que me consultas sobre mis cartas, sólo puedo responderte que no recuerdo exactamente lo que contienen. Ignoro si hay en esas cartas confidenciales cosas que puedan interesar al público, o si las hay de tal naturaleza, que deban ser reservadas. Cuando nos

veamos, hablaremos de eso y examinaremos dichos papeles (Gómez de Avellaneda 1981, pág. 141).

7. Gertrudis Gómez de Avellaneda reclama el interés de Cepeda no por las ideas sino por las formas expresivas de la composición en verso que ha de servirle para iniciar una relación epistolar, detalle que viene a confirmar una preocupación estética de la escritora, compartiendo así recuerdos, melancolías, dolorosas experiencias y un destino esperanzador más allá de la vida, motivos suficientes para elaborar un verdadero artificio romántico :

Ni del amor la copa emponzoñada
libaremos sedientos de ventura:
la del dolor tomemos, y, apurada
entre los dos, partamos su amargura.

Del pesar la terrible simpatía
esa nos una y nuestro lazo sea,
y de la muerte a la región sombría
juntos el mundo descender nos vea.

Acaso en esa tumba
do juntos bajaremos,
un destello gocemos
de lumbre celestial.

Acaso un genio aguarda
nuestras almas dolientes

para abrirles las fuentes

del placer eternal.

(Gómez de Avellaneda 1981, pág. 53)

8. Las justificaciones, propósitos y hasta reproches van perfilándose al hilo de la escritura desarrollada en los textos mencionados –del XIV al XIX–, todos fechados entre abril y junio de 1840:

Y bien: por una ley eterna de la naturaleza, todo lo que tiene principio tiene crecimiento, plenitud, decadencia y fin. Yo no puedo esperar nunca sustraer esta ley al sentimiento que inspiraba, ni al que me animaba. Hasta preveía que una pasión que coloca al alma en una situación violenta no podía ser eterna, y que su misma actividad excesiva debía acelerar su destrucción.

He visto huir de tu corazón el amor y, si he llorado, no he osado quejarme. Es una desgracia para la cual estaba preparada. Siento yo misma entibiarse mi corazón progresivamente con la frialdad del tuyo, y preveo la destrucción de las últimas ilusiones; pero me resigno (Gómez de Avellaneda 1981, pág. 84-85).

Adiós, amigo mío, crea usted que, al renunciar al derecho de dar a usted otro nombre más dulce, no han variado los sentimientos de aprecio y ternura con que será siempre su más amante hermana (Gómez de Avellaneda 1981, pág. 89).

9. Las relaciones entre Gertrudis Gómez de Avellaneda y Tassara fueron algo más que una simple aventura, superando la tensión emotiva de fondo que dispensó a Cepeda. En cualquier caso, ya no las mante-

nía con aquel cuando escribe al segundo los fragmentos epistolares citados, quizás porque son un recurso literario útil.

10. La decisión de separarse con motivo, se ampliará con mayor intensidad en adelante:

Te he dicho lo que debía y obro como lo ordena mi delicadeza. Te he dicho que, si te vas*, todo* queda roto, todo concluido entre nosotros de una manera absoluta, y en esto mi resolución es irrevocable, porque es necesaria. Yo te lo perdono todo, te dejo completamente libre para disponer de tu persona según tu antojo o conveniencia; te declaro que nada tiene que ver conmigo en lo sucesivo, ni como amante, ni como amigo, ni como mero conocido; porque yo todo lo renuncio hoy: tu amor y tu amistad y tu recuerdo; todo lo renuncio para que seas libre como lo necesitas y vivas tan tranquilo como apeteces. En esto, repito, es *imposible* que yo cambie de modo de pensar. Tu marcha es el golpe que todo lo rompe, y lo más que yo puedo hacer y tú puedes pedirme es que sufra ese golpe sin quejarme. Eso es lo que deseo hacer; ¡eso es lo que haré! (Gómez de Avellaneda 1981, pág. 130).

11. Compartiendo la opinión de Elena Catena, sea Ignacio Cepeda o se inclinen hacia Tassara, los versos mantienen su dolorosa, altiva y digna fuerza dramática.